

## VI JORNADAS DE DELEGADOS DIOCESANOS DE MIGRACIONES

LOS MOLINOS (Madrid), 8-10 de Junio 2006

### PONENCIA

## LA PARROQUIA COMO ÁMBITO DE INTEGRACIÓN DE LOS INMIGRANTES

*D. Antonio Bravo  
Párroco de San León (Madrid)  
Delegado Episcopal de Cáritas Española*

La integración social y eclesial es un anhelo y un clamor ante el sesgo dramático que toma la inmigración entre nosotros. Forasteros y autóctonos sufrimos de la globalización económica y cultural, tal como se está gestionando por la ideología neoliberal. El derecho a no emigrar y el derecho a emigrar, como señalaba Juan Pablo II, no puede ejercerse libremente cuando países enteros quedan excluidos de un desarrollo digno y humano.

Los sociólogos y los medios de comunicación alertan a la opinión pública de la urgencia de integrar a los inmigrantes en una sociedad plural e intercultural. Es la condición, dicen, para superar ciertos tipos de violencia, de explotación y xenofobia. Está en juego la armonía y convivencia de todos.

La integración, con toda razón, es vista como un proceso gradual, lento y complejo. Pero se piensa el proceso integrador, con excesiva frecuencia, sólo desde el lado del inmigrante. A él le toca dar los pasos necesarios para llegar a participar activamente en la vida económica, social, cívica, cultural y espiritual del país que lo acoge. ¿Puede ser esta la óptica de una pastoral de la integración propiciada por las comunidades parroquiales?

Los responsables de la economía, incluidos los empresarios, los bancos y las cajas de ahorro, trazan planes para incorporar a los inmigrantes de forma conveniente, esto es, de modo rentable y armónico en el mercado laboral y en el circuito del consumo. Está en juego, según ellos, el progreso económico y social del país y de los mismos pobres. Pero en la economía globalizada, lo que está realmente en juego es el interés de unos pocos.

Por su parte, ante la avalancha de personas obligadas a dejar su tierra y familia para sobrevivir, la administración pública, preocupada y desbordada por la situación social, destina fondos considerables para desarrollar programas de integración. Esta palabra, como en los casos anteriores, tiene mucho de retórica, pues detrás de ella se esconden metas y objetivos no confesados. Se espera de tales inversiones y propuestas de acción una rentabilidad política.

En este marco, la comunidad cristiana, en particular la parroquial, vive la oportunidad y el reto de abrir las puertas de su corazón para acoger y servir, de forma consciente, en los forasteros a su Señor. Es un hecho, las migraciones están transformando el tejido social, cultural y eclesial de España. Mientras la sociedad española y la Iglesia, en consecuencia, han envejecido de forma considerable, la población emigrante se caracteriza por su juventud.

Los programas pastorales de nuestras diócesis hablan mucho de integración, pero cabe preguntarse –sin negar por ello la dificultad y complejidad del tema, así como la buena voluntad de los agentes pastorales–: ¿son nuestras comunidades parroquiales signos e instrumentos eficaces de la integración querida por el Señor? La cuestión es importante, pues equivale a preguntarse por el dinamismo sacramental de nuestras comunidades. Está en juego, en última instancia, el ser e identidad de la Iglesia como misterio de comunión y misión en el mundo. El desafío es grande y, de la respuesta que le demos, depende en buena parte la renovación de la comunidad cristiana y de la propia sociedad. El fenómeno

de la inmigración determina ya la configuración y desarrollo de nuestra sociedad. Las migraciones, en efecto, muestran hasta qué punto vivimos en un mundo sin hogar. El desarraigo social, cultural y religioso de personas y grupos humanos son caldo de cultivo para las reacciones de miedo, de rencor y de una violencia latente. Este desarraigo acarrea la pérdida de identidad, de los criterios para valorar la realidad y responder a ella con libertad y responsabilidad. Para contrarrestar esta lógica, que conduce a la quiebra de las personas y a una sociedad escindida y sincretista, es necesario repensar y poner en práctica una auténtica pastoral de la integración.

Como contribución a esta búsqueda eclesial, compartiré con vosotros algunas de mis convicciones sobre este punto. En la primera parte, presento las condiciones para que pueda llevarse a cabo una integración de personas libres y responsables, pero marcadas por las tendencias egoístas del ser humano. En la segunda, abordo la verdad y la novedad de la integración tal como se desprende del misterio pascual de Cristo. Luego, a la luz de la revelación, propondré algunas líneas de acción para una pastoral de la integración por parte de las comunidades parroquiales.

## **I. CONDICIONES PARA UNA INTEGRACIÓN PERSONAL**

Para las ciencias sociales, en buena parte tributarias hoy de la física, la integración presupone un sistema con capacidad de autorregularse ante la llegada de cuerpos extraños. No es lo mismo sumar elementos que integrar en un organismo vivo. Éste está compuesto por miembros diversos articulados y trabados entre ellos. Para pasar de la cacofonía a la sinfonía, se nos dice por otra parte, es necesario respetar las reglas de la armonía y seguir la batuta del maestro de orquesta. Sólo así las voces contribuyen a la belleza del canto. La disciplina es necesaria para lograr el objetivo deseado, el desarrollo. Nadie puede ir por libre: todos, incluido el director, han de someterse a la partitura de quien concibió el canto. Del caos, aunque otras corrientes de pensamiento, basadas también en lo sorprendente e incontrolable de las reacciones físicas, opinen lo contrario, sólo puede surgir el caos y el drama como lo vemos día tras día.

La integración en un organismo vivo, por tanto, supone un sistema con un centro regulador y vital, capaz de dar cohesión y vida al aporte original de los diferentes elementos del todo. Los fragmentos tienen su valor en sí, pero no pueden producir plenamente su efecto desgajados de ese centro sobre el que gira la rueda de la existencia.

Al tratar de la integración de los inmigrantes en la sociedad y en la propia Iglesia, por tanto, se plantea una gran cuestión: ¿En qué sistema vivimos y queremos integrar a las personas venidas de fuera? ¿Qué centro vital permite una real integración de la persona llamada a la libertad del amor (cf. Gal 5, 13-14)? Un breve recorrido por la historia del pueblo de la primera alianza y del imperio romano nos ayudará a comprender la cuestión con seriedad y profundidad; nos aportará también claves para la acción y conversión de la comunidad parroquial, la cual, como recuerda la etimología de parroquia y parroquiano, es un pueblo de peregrinos, de hombres y mujeres forasteros en medio del mundo, viviendo en la diáspora.

### ***La integración a través de la Ley***

Israel fue configurándose como pueblo a través de un proceso largo y complejo. Durante más de cuatrocientos años vivió como forastero en Egipto; y sólo después de un largo peregrinar por el desierto, las tribus se articularon de forma progresiva como pueblo. Pues bien, a poco que se reflexione, pronto se descubre cómo la ley de la alianza, proveniente de Dios, constituyó el centro vital capaz de aglutinar las tribus, clanes y personas.

Los forasteros que deseaban pertenecer a Israel, convertido ya en una nación frente a las otras naciones, estaban obligados a adoptar la ley con las exigencias y los signos distintivos que comportaba. Es cierto que la legislación del pueblo hebreo era bastante favorable a los forasteros, pues habían hecho la experiencia de ser forasteros en Egipto. Cuando Israel abrió sus puertas a los prosélitos, el extranjero debía abrazar la ley y el culto de la alianza como condición para su integración (cf. Is 56, 1-8)

La persona del extranjero, como explicita la narración del libro de Rut, que presenta la trama legal sobre la ley del levirato y del rescate, debía abandonar su identidad para acoger otra. Rut, ante la insistencia de Noemí para que se vuelva a su pueblo y a su dios, responde: «tu pueblo es el mío, tu Dios es mi Dios» (Rut 1, 16) La integración implicaba abandonar su pueblo, su dios, su ley, para entrar en otro pueblo, adorar otro Dios y vivir de acuerdo con una nueva ley. Ciertamente, estamos en otra mentalidad, pero conviene destacar cómo para entrar a formar parte de un pueblo, de una cultura y religión, era preciso salir de otro universo mental.

Detrás de toda esta dinámica de integración, se encuentra la categoría de elección, tal como la vivía e interpretaba Israel. Ella conducía a la separación y, de alguna forma, a la exclusión. Pues bien, la misión entre los gentiles, tal como se pone de manifiesto en el encuentro de Jerusalén (cf. Hch 15), hizo que la comunidad apostólica descubriese los nuevos horizontes de una integración basada en la fe en Jesucristo muerto y resucitado. El centro vital e integrador de la comunidad de la nueva alianza no será ya tanto una ley, cuanto la personal filial de Jesús. Estamos ahora en la dinámica de la comunión fraterna en Cristo, en una unidad que incluye la diversidad y mutua responsabilidad. La integración no se realiza a través de un sistema legal y cultural, sino por la fe en la persona del Crucificado resucitado de entre los muertos. En la carta a los Gálatas, Pablo reaccionó contra los que pretendían integrar a los gentiles a través de la práctica de la ley. Frente a ellos afirmaba: «Y así, antes de que llegara la fe, estábamos encerrados bajo la vigilancia de ley, en espera de la fe que debía manifestarse... En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si sois de Cristo, ya sois descendencia de Abrahán, herederos según la promesa» (Gal 3, 23-29)

El camino de integración a través de la ley sigue siendo el modelo primordial en nuestro mundo. El forastero, aun cuando se lo reconozca como sujeto de derechos y obligaciones, debe someterse a la ley del país de acogida, pues es vista como el centro integrador. Quizás este camino sea el único viable en la sociedad civil, pero nuestras comunidades parroquiales han de buscar con mayor hondura en la fuente de su vida, esto es en el misterio del reino de Dios, en la persona de Jesucristo muerto y resucitado. Ella nos traza un camino nuevo y sorprendente. Lo veremos más adelante.

### ***La integración en la paz romana***

La historia del imperio romano muestra su capacidad integradora de pueblos, culturas y religiones. La paz romana, aun en medio de la persistencia de la esclavitud, ofreció reales posibilidades para que los conquistados pudieran acceder a los puestos de poder, como lo muestra la nacionalidad de los propios emperadores. Pero si uno trata de encontrar el centro vital de integración, lo descubre en el poder y la ley dictada por éste. Los pueblos, culturas y religiones eran integradas en la medida que se dejaban regular por el César y el Senado. Los cristianos permanecieron largo tiempo, por ello mismo, como un cuerpo extraño, sin posibilidad de ser integrados, pues proclamaban a Jesús como el único Señor; y, a pesar de que él dijera: «Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César», la afirmación de la fe cuestionaba el centro mismo de la integración. Los cristianos, como sabemos por la literatura apologética de la Iglesia primitiva, vivían como forasteros en el mundo, aun cuando contribuían al servicio de la unidad y realización de todos. Conviene notarlo. La carta a Diogneto se hacía eco de ello cuando decía de los cristianos: «habitan en su propia patria, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos, pero lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es patria para ellos, pero están en toda patria como en tierra extraña... los cristianos se hallan retenidos en el mundo como en una cárcel, pero ellos son los que mantienen la trabazón del mundo».

El modelo romano de integración sigue vigente entre nosotros, aun cuando se camufle y disfrace con la retórica de moda. Quien acepta el poder económico, comercial y tecnológico de los poderosos del mundo tiene la posibilidad de crecer y desarrollarse; de otra forma quedará excluido. Esto se verifica tanto en el ámbito de personas, como de grupos sociales y pueblos. Los poderes fácticos dictan las leyes de la integración y de la exclusión. Como sucedía en el imperio romano, el poder puede ser, a la vez, dictatorial y sincretista. El pluralismo no es sinónimo de unidad en la diversidad, aun cuando así trate de

venderse en ocasiones. La democracia de los partidos puede llegar a ser muy dictatorial. Cuando falta la búsqueda honesta y honrada de la verdad y de la unidad en la diversidad, las luchas por el poder y ciertos intereses inconfesados se convierten en fuente de exclusión, de amargura, odio y violencia.

La comunidad apostólica reaccionó, con firmeza y amor, ante la forma imperial de integración. Los mártires dieron la vida en favor de la reconciliación de los pueblos en la verdad y el amor. Luego, cuando la Iglesia alcanzó ciertas cotas de poder, no siempre desarrolló la dinámica de la unidad en la diversidad. Al tratar de evangelizar desde el poder, existió el riesgo de provocar de nuevo la imposición y la consiguiente exclusión. La integración evangélica se desarrolla como comunión de personas, lo cual conlleva un proceso abierto y permanente. Así lo exige la fe en Jesucristo. La Iglesia, por tanto, en su acción pastoral, está llamada a suscitar un proceso de integración que se base en la persona llamada a la libertad del amor.

## II. LA INTEGRACIÓN EN Y POR CRISTO

La comunidad de Pentecostés habló desde el inicio de su existencia la lengua de la unidad. La multitud de los pueblos podía captar en su propia lengua las maravillas de Dios. Si en Babel, Dios confundió las lenguas de la humanidad altiva, ahora las reducía a la unidad por el cumplimiento de la promesa de los últimos tiempos, el don del Espíritu Santo. Surgía así un nuevo pueblo con vocación de universalidad y de comunión. Los apóstoles, en el nombre del Señor, ofrecían a todos los hombres la conversión y reconciliación. Una nueva integración de los pueblos y culturas era ya posible a través de la fe en Jesucristo, el Hijo de Dios venido en la carne.

La misión entre los gentiles obligó a la oración, el discernimiento y la reflexión. Una gran síntesis de esta búsqueda apasionada se halla en la carta a los Efesios. El autor empieza por establecer: todos hemos sido amados, elegidos y salvados en Cristo Jesús. Ni los judíos podían invocar las obras como camino de salvación, ni los gentiles desesperar de su situación. Unos y otros, en definitiva, son criaturas de la gracia. Cristo ha sido constituido «Cabeza suprema de la Iglesia, que es su Cuerpo, la Plenitud del que lo llena todo en todo» (Ef 1, 23) De esta forma, Dios daba a la nueva humanidad un centro vital e integrador. En él podían integrarse las personas provenientes de los diferentes pueblos por medio de la fe.

¿Cómo aconteció esta integración entre pueblos hasta ese momento irreconciliables? El Apóstol recalca: tanto los judíos como los gentiles según la carne han sido creados en Cristo (a este respecto, resulta aleccionador analizar con detalle lo que se dice de unos y otros en 2, 1-13) Luego pasa a describir cómo de los dos pueblos brotó el Hombre nuevo. Un pequeño análisis nos dará las claves de una integración verdaderamente eclesial y del aporte original de la comunidad parroquial al proceso de una integración fraterna y creativa.

Cristo Jesús realizó la reconciliación y paz de los pueblos en sí mismo. Con su misión y pascua derribó *el muro de la enemistad*, esto es, el dinamismo de la exclusión tal como se nutre de la codicia, del menosprecio altivo y del odio. Jesús enseñó el camino filial y gratuito del amor de quien vive en comunión con el Padre. No hay más que un solo Dios y Padre. Los diferentes modos de idolatría engendran división y exclusión. El verdadero conocimiento de Dios, como se ve en Isaías, abre a la justicia y la paz (cf. Is 11, 1-9)

Ese muro de la enemistad se consolidó, en contra del proyecto divino, con la absolutización idolátrica de la ley. Cristo, en efecto, «anuló en su carne la Ley de los mandamientos con sus preceptos». El muro de la enemistad era, sin duda, una referencia simbólica al muro que separaba el atrio de los gentiles y de los judíos en el Templo de Jerusalén. La ley, en definitiva, establecía la separación entre el pueblo elegido y los otros pueblos.

Pues bien, por la cruz, Cristo dio muerte a la enemistad en su propia carne, esto es, al pecado que introdujo la división y la escisión entre el hombre y Dios y, en consecuencia, entre los seres humanos. La fuerza integradora de la cruz se expresa en términos de creación, de reconciliación y de paz. Ahora todos tienen la misma posibilidad, judíos y

griegos: por Cristo, unos y otros tienen acceso al Padre en un mismo Espíritu. Los que han creído en Cristo, como puede constatarse a través de diferentes autores del Nuevo Testamento, tienen la misma dignidad filial, sacerdotal, profética y real. Se han cumplido las profecías. Unos y otros tienen la misma vida de Dios en ellos.

La integración en un solo Cuerpo, la Iglesia, es obra de la acción de aquel que por medio de su Pascua da el Espíritu Santo a toda carne. Estamos en la nueva creación. El don del Espíritu es el principio de la nueva vida. Él injerta a todos en la humanidad de Cristo resucitado. En él somos todos bautizados para formar un solo Cuerpo. En esta unidad orgánica, nadie pierde su propia identidad, pero queda trabado a los demás para formar una unidad indisoluble. El Apóstol dice: «Así pues, ya no sois extraños ni forasteros, sino conciudadanos de los santos y familiares de Dios» (Ef 2, 19) Como en una familia, todos tienen la misma dignidad filial, aun cuando cada hermano mantenga su originalidad. El muro de la enemistad se ha roto y el otro pasa a ser un don para mí. El camino de la comunión es el camino de la verdadera integración. Pero ¿cómo se desarrolla la unidad del Espíritu en el decurso de la historia?

La respuesta del Nuevo Testamento es muy significativa. A través de la imagen de la edificación –la primera carta de Pedro habla de piedras vivas, de linaje elegido, de sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido (2, 4-10)– la carta a los Efesios enseña: el cimiento sobre el que se levanta la comunidad eclesial es la fe de los apóstoles y profetas; ahora bien, la piedra angular del edificio, la que da unidad, es el propio Cristo. Él es el centro vital y personal en el que se van integrando las piedras vivas en la construcción. La adhesión por la fe a ese centro personal, conviene notarlo, conduce a la libertad del amor. Pablo dice en la carta a los Gálatas: «Para ser libres nos libertó Cristo. Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión ni la incircuncisión tienen valor, sino solamente la fe que actúa por la caridad. Porque, hermanos, habéis sido llamados a la libertad; sólo que no toméis de esa libertad pretexto para la carne; antes al contrario, servíos por amor los unos a los otros» (Gal 5, 1.6.13)

La integración en Cristo y por Cristo, tal como se presenta en Efesios, es una llamada a descubrir la novedad. El Espíritu prosigue en la historia la obra de reunir a los hijos de Dios dispersos en un solo pueblo. Él sigue edificando la unidad, la comunión que es la Iglesia. En Cristo, «toda edificación bien trabada se eleva hasta formar un templo santo en el Señor, en quien también vosotros estáis siendo edificados, hasta ser morada de en el Espíritu» (Ef 2, 21-22)

Tenemos así una perspectiva original de lo que debe ser un proceso eclesial de integración. El actor y protagonista de la integración en Cristo no es otro que el Espíritu Santo. El centro vital es Jesucristo. El cimiento, la fe apostólica, tal como se expresa en la confesión de Pedro a la pregunta del Maestro a los Doce: «¿también vosotros queréis marcharos?», Jesús preguntó a los doce discípulos: Simón Pedro le contestó: Señor, ¿a quién iremos? Tus palabras son palabras de vida eterna. » (Jn 6, 67-68) Los apóstoles y profetas son cimiento en cuanto marcan la dirección y el camino de la fe, la adhesión vital a la totalidad de la persona y mensaje del Hijo venido en una carne semejante a la nuestra. Él es el verdadero templo de Dios y nosotros entramos a formar parte de él por la fe y el bautismo.

La novedad de la integración se verifica en que las personas, en el seno de la comunión, crecen en la libertad del amor. Estamos ante el verdadero criterio para discernir si la comunidad eclesial avanza en la buena dirección. Y digo si avanza en la buena dirección, porque la integración en Cristo es la obra constante del Espíritu y de cuantos estamos llamados a colaborar con él. En ello se muestra precisamente la libertad de la persona. Ésta se realiza en la relación del amor y del servicio, en la comunión del compartir fraterno.

¿Avanza así nuestra acción pastoral? Algunos modelos de nuestra acción pastoral parece no haber ahondado en la dinámica que comporta la integración en Cristo. Sin entrar en juicios de intenciones, uno tiene la impresión de estar todavía, en no pocos casos, ante un modelo de integración por la ley y el poder. En la comprensión de la Iglesia prevalece todavía la idea de la sociedad perfecta, sin sacar las consecuencias de su ser misterio de comunión y misión, reflejo del misterio de la Trinidad Santa.

Es capital insistir sobre las implicaciones de la Iglesia como Comunión, a la luz del misterio de la Trinidad, tal como se dio a conocer en la Pascua del Hijo. El ser humano es un reflejo del misterio de Dios, una persona filial y fraterna. La integración en Cristo le hace hijo de Dios y hermano de todo hombre. Su realización está ligada de forma intrínseca a la realización de los otros. No es, por tanto, en la independencia activa o en el dominio que la persona alcanza su perfección, sino en la dependencia cordial y en el servicio fraterno. Así se desprende de la antropología bíblica.

Cuando un hombre o pueblo se considera superior a los otros, cuando pretende asimilarlos para hacerlos como él, se está privando de su propia plenitud. Sólo dando espacio al hermano para que desarrolle su vocación y misión, se convierte en don para mí. Con su riqueza y pobreza me está enriqueciendo. Pero esto supone descubrirse a sí mismo como criatura de la gracia. De otra forma no se puede crecer en la humildad y espíritu de pobreza. Cuando deja de vivirse como don, la persona tiende a la idolatría, a ser esclava de la fuerza del pecado que divide, excluye y elimina al otro. El miedo le lleva a considerarlo como un competidor y enemigo. Se quiebra así la relación del amor, la comunión: único ambiente favorable para desarrollarse el ser humano como persona filial y fraterna. Tratemos ahora de sacar las consecuencias para una pastoral de la integración en nuestras comunidades parroquiales.

### **III. CAMINOS DE INTEGRACIÓN ECLESIAL Y SOCIAL**

Para mayor claridad y concreción abordaré la acción pastoral en un triple nivel: la integración de los católicos inmigrantes en la comunidad parroquial; la integración, como acogida y compañía, de los inmigrantes no católicos; y el trabajo en la sociedad para favorecer una verdadera integración de las personas provenientes de otras culturas y pueblos. La acción pastoral ha de desarrollarse en dirección tanto de los autóctonos como de los forasteros. Unos y otros son sujetos del proceso de la integración. Pero antes de tratar estos niveles, unas pequeñas observaciones, importantes y válidas, a mi juicio, para los tres niveles.

#### ***El miedo identitario***

La afluencia masiva de inmigrantes hace que personas, profundamente acogedoras, reaccionen de forma negativa ante ellos. El recurso rápido a tildarlas de xenóforas adolece, a mi entender, de un análisis certero de la realidad; además, lejos de favorecer la integración la complica y retrasa. Nuestra gente tiene, en realidad, miedo a perder su propia identidad. Es como si tuvieran una fijación u obsesión identitaria. Estas personas, al no haberse visto nunca obligadas a renegociar su identidad, como dice la psicología social, y al haber fijado su identidad en cosas externas, el dinamismo, juventud y número de los inmigrantes les produce la reacción típica del miedo. Tratan de defenderse de una amenaza oscura y latente. La cuestión se hace tanto más grave si ciertas corrientes e ideologías quieren explotar estos miedos para fines políticos y económicos; y lo dicho de los autóctonos, se aplica también a los propios inmigrantes. El miedo identitario les lleva a cerrarse sobre sus familiares y grupos de amigos provenientes del mismo país y cultura.

La acción pastoral de la comunidad parroquial, por tanto, si quiere ser fecunda ha de encaminarse a cultivar, en unos y otros, una identidad positiva y abierta, capaz de recrearse en cada momento. Esto supone cultivar las raíces profundas de la persona y de la propia cultura. El diálogo y la integración culturales son sólo posibles entre personas seguras de ellas mismas. El miedo y la inseguridad vuelven agresivas a las personas o las sitúan a la defensiva.

#### ***Superar las antropologías autistas y cerradas***

La antropología del contrato social, en la que el hombre no pasa de ser un sujeto de derechos y obligaciones (en nuestro mundo más de derechos que de obligaciones), no favorece la dinámica de una integración personal del ser humano llamado a la libertad del amor. En lo que podría llamarse una antropología jurídica, aun cuando no se sea consciente de ello, unos y otros tratan de defender sus derechos, olvidando el cumplimiento de sus obligaciones. La burocracia, por otra parte, termina por prevalecer sobre la relación amical y la propia de la persona. Ésta deja de verse como libertad para quedar reducida, en cierta

manera, a una identidad jurídica y anónima. Llevando las cosas al límite: ya no existen emigrantes, sino el problema de la inmigración. La integración queda reducida a unos papeles, a una inserción en el mercado laboral y en la sociedad del consumo.

La parroquia, en su acción pastoral, por tanto, debe tener muy claro qué antropología quiere desarrollar en la sociedad, en su intervención con los inmigrantes que llaman a sus puertas y con los miembros de la propia comunidad. El Señor dijo: el hombre no vive sólo de pan, sino de la palabra que viene de Dios. La defensa de los derechos humanos es una exigencia irrenunciable, pero la persona filial y fraterna está llamada a desarrollar su vocación y misión aun en las circunstancias más adversas, como vemos en la cruz gloriosa del Señor, expresión suprema de la libertad del amor. ¿Cómo asumimos la perspectiva de la antropología evangélica en nuestra acción con los inmigrantes?

### ***La comunión se expresa en el servicio***

Juan Pablo II recordó a la Iglesia: «A partir de la comunión intraeclesial, la caridad se abre por su naturaleza al servicio universal, proyectándonos *hacia la práctica de un amor activo y concreto con cada ser humano*. Éste es un ámbito que caracteriza de manera decisiva la vida cristiana, el estilo eclesial y la programación pastoral» (NMI 49) La comunidad parroquial, por tanto, está urgida a ser diaconía para el mundo, para todas aquellas personas que se hallan en situaciones de vulnerabilidad y desarraigo, como es el caso de gran número de inmigrantes. Es una exigencia de la comunión.

### ***La educación del corazón***

La formación de las conciencias, por importante que sea, no basta. Es necesario educar el corazón para que vea el rostro dolorido del inmigrante, oiga sus anhelos profundos y responda adecuadamente a sus necesidades materiales y espirituales. También es preciso darle espacio para que desarrolle su capacidad de iniciativa, pues ella le llevó a emigrar lejos de su patria. La educación del corazón, por tanto, supone una gran humildad para abrirse a la diferencia, para dejarse enriquecer por el que se halla en una situación de vulnerabilidad y debilidad. Pensar la integración como un horizonte de 'igualdad en derechos, deberes y oportunidades para los nuevos y viejos vecinos', es, sin duda, interesante desde un punto de vista sociológico, pero cabe preguntarse desde los presupuestos teológicos y antropológicos a los que me he referido: ¿es suficiente para orientar la pastoral de integración de nuestras parroquias?

## **1. LA INTEGRACIÓN DE LOS CATÓLICOS EN LA COMUNIDAD PARROQUIAL**

La integración en Cristo introduce al bautizado en la familia de Dios, la Iglesia. Los que comparten el pan eucarístico forman un solo Cuerpo. Esta afirmación básica de la fe determina la manera en la que la comunidad parroquial ha de situarse ante la llegada del inmigrante. Si logra hacerlo de manera conveniente será un camino de renovación eclesial para todos.

El inmigrante católico (no entro en la diversidad de situaciones), venido de lejos, llega a su propia casa, al hogar materno. Es un hijo y, por lo tanto, un hermano. La alegría de encontrarse y reconocerse como hermanos es nota distintiva de quienes viven unidos en el Señor. Así lo vivieron las comunidades primitivas. La koinonía, esto es, el compartir fraterno de alegrías y sufrimientos, de los bienes materiales y espirituales, fue un signo para los de fuera. La sacramentalidad de la Iglesia se expresa en la vida fraterna.

Para dar espacio a los hermanos inmigrantes en nuestras parroquias, se impone una acción educativa de gran envergadura, sobre todo si tenemos en cuenta la mentalidad urbana y sincretista en la que nos hallamos inmersos. La unidad de la comunidad parroquial exige, tanto de los autóctonos como de los forasteros, una actitud de apertura, servicio y conversión. Y esta conversión implica una inmensa tarea de simplificación para centrarse en la persona de Jesucristo, el centro vital de la integración. Para avanzar por este camino, se exige una actitud profunda de escucha y discernimiento: la fe no se confunde con su expresión religiosa. El servicio mutuo será muy difícil, si no se ayuda a hacer la experiencia de la alegría del amor, que hace pasar los intereses de los otros antes que los propios (cf. Fil 2, 1-

11) La comunión del Espíritu Santo se manifiesta en la superación de toda rivalidad, revistiéndose de los sentimientos de Cristo, el cual se despojo de su riqueza para enriquecernos con su pobreza (cf. 2Cor 8, 9) Sólo desde la humildad, la persona reconoce en el rostro del otro un hermano que le pertenece.

Cuando el corazón de los creyentes se renueva con hondura, la comunidad parroquial pondrá en el centro, de acuerdo con el plan de Dios, a los más débiles y vulnerables (cf. 1Cor 12, 22-26), de modo que todos se renueven en el servicio y la entrega. La llegada de los inmigrantes es una gran oportunidad para una renovación en profundidad de la comunidad, si nos permite ir a lo esencial y caminar en la verdad que nos hace libres.

La Iglesia naciente vivió el encuentro de culturas y pueblos. La fe en Cristo, único Salvador, Señor y Maestro, permitió la comunión fraterna entre unos y otros. Quienes querían imponer las prácticas religiosas de un pasado glorioso, como sabemos, impedían la integración de judíos y griegos en un solo cuerpo.

Reconocer que todos se hallan en su propia casa no es algo evidente, pues la psicología y los esquemas culturales tienden a prevalecer sobre el dinamismo de la fe. Sabemos todos cómo la integración supone un proceso largo y paciente. Lo que cuenta es fijar la meta de forma sencilla y encaminarse a ella con paciencia y tenacidad a través de un camino adecuado.

El camino de la integración plantea interrogantes serios sobre la manera de llevar a cabo la iniciación cristiana, el culto y la diaconía en nuestras comunidades parroquiales. Por otra parte, la pedagogía de la integración necesita de sentarse juntos para vivir juntos un esfuerzo sereno y continuado de discernimiento. La uniformidad arruina la comunión del Espíritu; pero también lo hace la tendencia a replegarse sobre su propia expresión religiosa. Es costoso, sin duda alguna, superar siglos de desconocimiento, recelos y oposiciones, pero haríamos baldío el dolor y sufrimiento de tantos emigrantes, si no aprovechamos la oportunidad para gozarnos juntos de la fe en el mismo Señor. La fe une; la expresión religiosa absolutizada, como pasó con la ley y la historia enseña, puede conducir a la exclusión. Los últimos Papas, sensibles ante la historia de la misión, tanto como se desarrolló en la comunidad apostólica como en la evangelización de Europa, han subrayado la oportunidad que ofrecen las migraciones para renovarnos todos en la acción evangelizadora.

## **2. LA INTEGRACIÓN DE LOS NO CATÓLICOS EN LA COMUNIDAD PARROQUIAL**

También aquí podrían establecerse diferentes categorías entre los emigrantes que llaman a la puerta de la comunidad parroquial. Sin entrar ahora en el detalle de cómo tratar con las personas de cada religión y cultura, indicaré algunos aspectos a tener en cuenta si las parroquias quieren ser casa para los inmigrantes en su condición de personas vulnerables y desarraigadas de su entorno social y cultural.

Una comunidad parroquial, para convertirse en hogar para personas de otros credos religiosos o seculares, está llamada a desarrollar el dinamismo de la conversión entre sus propios miembros y también en las personas encargadas de la acogida hecha en su nombre. La acción pastoral es responsabilidad de todos sus miembros, pues todos están urgidos a vivir de manera consciente el amor, la acogida y el servicio al Señor en el forastero. Pero ¿qué implica para la comunidad eucarística ser casa para el aquel que no comparte la misma fe? Juan Pablo II escribió: «tenemos que actuar de tal manera que los pobres, en cada comunidad cristiana, se sientan como 'en su casa'. ¿No sería este estilo la más grande y eficaz presentación de la buena nueva del Reino?» (NMI 50)

Si sobrevolamos algunos textos programáticos del magisterio para el nuevo milenio, podemos descubrir algunos rasgos que configuran este estilo de vida de una comunidad evangelizada y evangelizadora. La pastoral de integración reclama una profunda renovación de la comunidad y de sus miembros, así como de su propia organización. He aquí alguno de esos rasgos.

Se nos pide, ante todo, una *nueva imaginación de la caridad*. «Es la hora de una nueva 'imaginación de la caridad' que promueva no tanto y no sólo la eficacia de las ayudas prestadas, sino la capacidad de hacerse cercanos y solidarios con quien sufre, para que el gesto de ayuda sea sentido no como limosna humillante, sino como un compartir fraterno» (NMI 50) Hacerse cercano y solidario exige salir de sí mismo, de sus miedos y de sus clichés culturales, para que el otro pueda sentirme como hermano suyo.

Desarrollar el dinamismo de la *pobreza y humildad evangélicas*. El camino seguido por Jesús para reunir a los hijos de Dios dispersos está trenzado por la pobreza y la humildad. Es la senda de la comunión, solidaridad y justicia. La posibilidad de acoger y servir es un don. El creyente lo vive con la alegría y humildad proveniente de la gracia. Hospedar y servir al Señor en los forasteros es un verdadero honor. ¿Cómo formamos a la comunidad de manera práctica para acoger al Señor que viene a nuestro encuentro?

Vivir *la catolicidad del amor*, tal como se expresa en el programa del buen samaritano. Quien ama se sitúa como prójimo de las personas necesitadas. En el rostro de los inmigrantes descubre un verdadero reflejo de aquel que es la fuente de la vida y de todo bien. El sentido de la persona a la luz de la revelación hace comprender la dignidad sagrada de quien llama a su puerta y lleva a responsabilizarse del hermano, llamado también por el Señor a compartir el banquete del reino de Dios. Nuestras comunidades parroquiales, si viven con sencillez y humildad, descubrirán la belleza y novedad de las palabras llenas de admiración de Jesús ante la fe del centurión romano: «Os digo que vendrán muchos de oriente y de occidente a ponerse a la mesa con Abrahán, Isaac y Jacob en el Reino de los Cielos, mientras que los hijos del Reino serán echados a las tinieblas de fuera; allí será el llanto y el rechinar de dientes» (Mt 8, 11-12) Ahora bien, la catolicidad del amor se ve empañada cuando se pretende servir al otro desde unos clichés culturales, sociales y políticos; cuando se trata de actuar desde consignas partidistas e ideológicas. En el banquete del Reino, todos tienen una plaza reservada. Y esto lo significa la comunidad parroquial en la medida que acoge y sirve sin discriminación.

Educación para *la gratuidad del amor*. La generosidad y el sentimiento filantrópico de nuestras comunidades parroquiales necesitan ser evangelizados, es decir, purificados, disciplinados y perfeccionados para convertirse en agapé. El don del amor se caracteriza por la iniciativa gratuita. Benedicto XVI escribe: «la caridad no ha de ser un medio en función de lo que hoy se considera proselitismo. El amor es gratuito; no se practica para obtener otros objetivos. Pero esto no significa que la acción caritativa deba, por decirlo así, dejar de lado a Dios y a Cristo. Siempre está en juego todo el hombre. Con frecuencia, la raíz más profunda del sufrimiento es precisamente la ausencia de Dios. Quien ejerce la caridad en nombre de la Iglesia nunca tratará de imponer a los demás la fe de la Iglesia. Es consciente de que el amor, en su pureza y gratuidad, es el mejor testimonio del Dios en el que creemos y que nos impulsa a amar. El cristiano sabe cuándo es tiempo de hablar de Dios y cuándo es oportuno callar sobre Él, dejando que hable sólo el amor. Sabe que Dios es amor (1 Jn 4, 8) y que se hace presente justo en los momentos en que no se hace más que amar. Y, sabe —volviendo a las preguntas de antes— que el desprecio del amor es villipendio de Dios y del hombre, es el intento de prescindir de Dios. En consecuencia, la mejor defensa de Dios y del hombre consiste precisamente en el amor. Las organizaciones caritativas de la Iglesia tienen el cometido de reforzar esta conciencia en sus propios miembros, de modo que a través de su actuación —así como por su hablar, su silencio, su ejemplo— sean testigos creíbles de Cristo». (DCE 31c)

Ser *espacio de diálogo intercultural*, por encima de las ideologías y sistemas religiosos. Son las personas, no los sistemas, las que pueden dialogar en verdad, amor y justicia. Cierto, la parroquia no cuenta hoy con el influjo y prestigio de los años de cristiandad, al menos en el ambiente urbano, pero tiene la posibilidad todavía de ser un lugar de encuentro e intercambio cultural. Puede favorecer a través de charlas y otro tipo de actividades un conocimiento y reconocimiento de la cultura de los inmigrantes. Es una forma de ayudar a descubrir la identidad del hermano, los criterios de valor que le guían y su forma espontánea de actuar. La cultura, no lo olvidemos, tiene esta triple finalidad: conferir identidad, dar criterios para valorar la realidad y determinar a la acción. Así pueden deshacerse ciertos prejuicios y roturar caminos de mutuo enriquecimiento.

### 3. LA ACCIÓN PASTORAL EN LA SOCIEDAD

La acción pastoral de la Iglesia, por su propia naturaleza, se proyecta en la sociedad. La contribución de la comunidad a la solución de la cuestión social en todas sus dimensiones, incluida la internacional, es una dimensión imprescindible del testimonio cristiano, «Se debe rechazar, escribía Juan Pablo II, la tentación de una espiritualidad oculta e individualista, que poco tiene que ver con las exigencias de la caridad, ni con la lógica de la encarnación y, en definitiva, con la misma tensión escatológica del cristianismo. Si esta última nos hace conscientes del carácter relativo de la historia, no nos exime en ningún modo del deber de construirla. Es muy actual a este respecto la enseñanza del Concilio Vaticano II: "El mensaje cristiano, no aparta a los hombres de la tarea de la construcción del mundo, ni les impulsa a despreocuparse del bien de sus semejantes, sino que les obliga más a llevar a cabo esto como un deber"» (NMI 52) El fenómeno de la inmigración tiene dimensiones planetarias y la Iglesia tiene la obligación a nivel parroquial, diocesano y universal de implicarse en la búsqueda de soluciones humanas y fraternas.

La comunidad parroquial contribuye a desarrollar una verdadera cultura de la solidaridad y de la acogida, cuando ayuda a hacer memoria de la historia de nuestro pueblo. Hoy nos sucede un poco como a las personas mayores: se acuerdan del pasado lejano y olvidan los acontecimientos recientes. La España de las autonomías es fruto, en buena parte, de las migraciones internas y externas. El éxodo rural y el aporte de los que emigraron a otros países fueron decisivos para la economía y el desarrollo de una mentalidad más urbana y plural. Las migraciones, si están bien orientadas y reguladas, son una posibilidad y no una amenaza. Se convierten en amenaza cuando se instaura el caos por los intereses espurios de unos y otros.

Por otra parte, la comunidad cristiana puede trabajar para que el inmigrante sea tratado como un vecino con sus diferencias culturales. El aprendizaje de la convivencia es capital en este sentido. El paso de forastero a vecino es ya un paso importante de cara a una integración fraterna. Pero, en este punto, como en tantos otros, hay que formar la conciencia y luchar contra ciertos prejuicios sobre los inmigrantes. La mayoría de ellos no viene para arrebatarnos puestos de trabajo, antes se utilizan sus necesidades y anhelos de mejora económica en función de intereses de unos pocos o de la economía en general. Los analistas del fenómeno migratorio reconocen como la primera causa del mismo la economía mercantil.

Además de sensibilizar y concienciar a la sociedad, la comunidad eclesial está llamada a favorecer una legislación, y su correspondiente aplicación, por parte del país de acogida que reconozca los derechos del inmigrante; pero también ha de trabajarse para que los países ricos hagan posible un desarrollo humano de los países pobres. Los ciudadanos puedan ejercer el derecho a no emigrar, cuando no se les da una posibilidad real de llevar una vida digna, libre y proyectada hacia un futuro de paz, donde la persona tenga la posibilidad de desarrollar sus cualidades, su vocación en la historia.

Las parroquias, allí donde se hallan ubicadas, tienen la posibilidad de colaborar activamente en la promoción de foros de encuentro y diálogo intercultural. No es necesario tener la iniciativa y el protagonismo, pero siempre se puede contribuir activamente para recomponer el tejido social de nuestros barrios y ciudades. La misión de la Iglesia tiene como una meta primordial la reconciliación de los hombres y una convivencia donde los más débiles y vulnerables tengan una verdadera centralidad, de acuerdo con el proyecto del Señor. La presencia pública de la comunidad parroquial en la marcha de la sociedad, en ocasiones, tomará la forma del anuncio y de la denuncia profética. El servicio de la caridad y de la verdad no pueden separarse. La defensa de la persona de los inmigrantes exige una toma de postura ante los principios fundamentales de los que depende el destino del ser humano y el futuro de la civilización. Sin verdad no hay libertad. Sin amor no hay integración de personas libres y responsables.